

tra sangre y nuestros nombres, lo que más tarde ha de exigir de sus ciudadanos? Porqué no alista nos el terreno para que la simiente germine robusta?

Trabajemos, y trabajemos todos; mientras la acción progresista no sea uniforme y colectiva, y mientras persistamos en la cómoda táctica de *dejar que hagan*, estaremos perdidos. El progreso será más lento y dejaremos pasar el tiempo de la educación nacional, que no es el de la pasividad sino el que coexiste con el adelantamiento material. Es preciso que ideológica y materialmente nos cueste lo que adquiramos para que después «no tengamos que llorar como mujeres lo que como hombres no supimos conservar»; para que nazca el verdadero concepto de nacionalidad y surjan perpetuos vínculos de hermandad patriótica.

.... Y ése venturoso día será aquél en que al tiempo resuenen en el recinto de las Cámaras el palmoreo de la tercera aprobación a un proyecto de ley, y en la conciencia nacional la voz sonora y firme: Hágase.

LA SOBERANIA

Atendiendo a sus definiciones quizá daremos con su fuente originaria: unos la definen diciendo, que es la autoridad en acción y con imperceptible diferencia la identifican otros con la misma autoridad, tales como Esmein que dice: «La autoridad superior que constituya jurídicamente una nación, se llama SOBERANIA». De suerte que si total o parcialmente se identifica con la AUTORIDAD y ésta tampoco existe en sí y por sí, sino que se halla vinculada en aquello que llamamos SOCIEDAD y ésta si tiene vida independiente y propia, fuerza es que la estudiemos detenidamente para ver de qué manera la autoridad se halla en ella, que este es el punto en que disienten los mejores autores.

En oposición a los sistemas de Hobbes, Rousseau y Bentham que veremos adelante, demostraré *que el hombre es naturalmente sociable y por consiguiente la Sociedad un hecho natural*. Al dar una simple hojeada a la historia de la vida humana no la encontramos exenta de goces y placeres, como también de dolores, penas y amarguras, actos que acompañan al hombre en su peregrinación terrestre, desde la cuna hasta el sepulcro, como propios que son de su naturaleza misma; al determinar su causa parecen efectos de las relaciones de los hombres entre sí y que al establecer por su oposición cierto equilibrio hacen la vida llevadera; somos pues, unas veces elementos activos y otras pasivos de los placeres y dolores tanto materiales como morales que no podemos generalmente conseguir en aislamiento perpetuo, pues cuando halagüeños esos placeres nos rodean o amargos tales dolores nos agobian, sentimos un deseo y una necesidad imprescindibles de comunicarlos a los seres que nos están unidos por el amor y la amistad.

Y esto qué prueba? Que el hombre es naturalmente sociable pues si pudiera vivir sumergido en aquel largo y primitivo salvajismo en que lo concibe Rousseau, como el león y la pantera sería el guardián seguro de la selva oscura y milenaria donde apenas si sentiría de cuando en cuando el placer o el dolor del bruto, sin que le fueran precisos el cuidado de la madre, el cariño de la hermana, el amor y la ternura de la esposa, que dulcificaran sus penas, enjugaran sus lágrimas y al curarle las heridas con el óleo sagrado de ese soberano amor, hicieran de su vida una sonriente primavera, como ha acontecido al ser humano en todos tiempos y lugares.

Luego siendo esto un hecho universal y constante no desmentido por la razón ni por la historia, tiene fuerza de prueba que aun podemos reforzar al observar que el hombre encerrado en la cárcel de su espíritu, generalmente vive decepcionado y triste, sin aspiraciones ni sosiegos, casi siempre huérfano de amor y sentimientos, a veces entregado a una dura misantropía que no es el estado común de su especie, mientras que todo lo contrario parece observarse en aquel que vive entre los hombres, lo que prueba su natural sociabilidad, confirmada por los filósofos antiguos que de acuerdo con Aristóteles consideraron al hombre como un ser esencialmente sociable.

Pero alguien, y con él seguramente muchos, dijo que sin el mayor esfuerzo podemos concebir un placer y un deber solitarios como efectos que son de causas complejas intrínsecas o extrínsecas y que los pocos datos que en nuestro favor aporta la experiencia son unilaterales por referirse sólo a la vida social; que reducidos a solas con nuestro yo, en virtud de especiales circunstancias, tenemos una tranquilidad, una paz y un sosiego que compensen los deparados por la sociedad que vienen mezclados a molestias y sufrimientos sin cuento, y cita como ejemplos a nuestro padre Adán, Daniel de Föe y a unos cuantos cenobitas y solitarios.

Pero este argumento cae por la debilidad misma de sus bases, pues de uno o más hechos aislados quiere establecer regla general que es lo que nosotros hemos establecido y a lo que el hombre debe atenerse; quiere hacer suyas nuestras razones, pues esos hechos aislados que la experiencia aporta son aducibles a su tesis ya que la nuestra se halla confirmada por los hechos históricos más auténticos y verídicos de todos los tiempos y lugares; si Adán vivió contento y feliz un ratito en el jardín paradisiaco, fue cuando aún no conocía el dolor que dejó como herencia fatídica a la humanidad entera; pero muy de otra manera habriá sido su soledad después de su pecado y nadie niega que fue más feliz cuando a su lado contempló la tierna compañera de su vida; en cuanto a Foé y demás solitarios y cenobitas son hechos singulares que cual voto en blanco bien podemos sumarlos a nuestra regla general, cuya evidencia resalta al contemplar el estado actual de la humanidad que es consecuencia del progreso indefinido, concebido en su acepción justa y verdadera.

El hombre nace, vive, desarrolla sus actividades todas y

busca su fin último en la SOCIEDAD, pues nacido en la selva o en la cueva a manera del bruto, no podría, no se si por debilidad o por la nobleza misma de su naturaleza que exige mejores condiciones para ello; no puede subsistir con el producto exclusivo de su ingenio y por esto tampoco puede substraerse del apoyo universal y mutuo que aportan las distintas actividades humanas en el orden físico, económico intelectual y moral, lo que bien visto, también nos sirve de prueba.

Respecto de las ciencias y las artes, nuestra razón es aún más poderosa y veámoslo: el entendimiento humano, como un marinerero tiende a navegar en el mar inmenso de la verdad y cuando la halla, se postra reverente y la adora; la voluntad como fiel amante del bien, se complace en elegirlo y luego lo estrecha con fervoroso afecto; pero como *verdad* y *bien* son todos los seres existentes, esas facultades con sus tendencias infinitas quisieran conocerlos y poseerlos todos, lo que consiguen sólo en parte limitada cuanto mayor sea la mutua comunicación de ideas que transmiten los que son y los que fueron, para lo cual es absolutamente necesario vivir en sociedad.

A nuestro favor está la aparente objeción que se nos pusiera de que en esa solemne procesión espiritual de genios que van desfilando por las páginas gloriosas de la historia, los más de ellos han adquirido su saber y efectuado sus descubrimientos en la soledad del gabinete, como afirman muchos, pero esto antes abre campo para probar la verdad de nuestra tesis: si es el hijo de Apolo que dibuja un precioso ramillete de pensamientos bellos, sabios y profundos, o el amado de las musas que con su lira de sentimientos delicados entona un himno a la calma geórgica del campo o a la belleza de noche pleniluna, ambos sólo pudieron adquirir su bello modo de decir en sociedad y para ella escriben; si es el psicólogo profundo necesita vivir en íntimo contacto con los hombres para encontrar alguna luz que en el oscuro laberinto del corazón humano le revele sus misterios; si es el hijo de Galeno necesita conocer a más del espíritu, la materia humana, que ella es el objeto inmediato de sus gloriosos descubrimientos; si es el hermano de Pitágoras que despeja misteriosas ecuaciones con el lápiz agudo de su inteligencia concentrada, o el mecánico ingenioso que combina mil ruedas de la máquina diáfila, cuya fuerza material llena el vacío que deja nuestra fuerza física, o bien sea el químico que se divierte en su laboratorio contemplando las diversas transformaciones de los cuerpos y tras él el emulador de Heródoto que en retroceso espiritual recorre 60 siglos hasta el hombre primitivo para contemplar con el ojo luminoso de la historia la humanidad en el vasto y complejo drama de su vida, y si por fin aparece el estudioso del derecho quemando incienso a la justicia, como Ulpiano hubiera dicho y explicando el por qué de las relaciones individuales y sociales de los hombres, todos, absolutamente todos han vivido antes en sociedad para poderse dar a sus creaciones portentosas, pues de lo contrario no tendrían materia para ello. Esto es una prueba irrefutable de nuestra tesis ante la cual se vuelven imperceptibles, como un átomo, otras pequeñas objeciones muy análogas

que suele presentar el adversario.

La existencia del lenguaje que comunican las ideas de los hombres entre sí, también es una prueba poderosa que apuntan muchos claramente y de la cual no haremos comentario, pues es un hecho y baste saber que la naturaleza no abunda en lo superfluo ni falta en lo necesario.

Por último apuntaré la suposición de Taparelli, que la experiencia presenta realizada y que tiene mucha fuerza probatoria: dice que al encontrarse dos hombres desconocidos en lugares apartados, despiértanse en ellos sentimientos de alegría y afecto hasta que al fin se ofrecen su apoyo mutuo en virtud de cierto sentimiento natural de sociabilidad que tienen. Esto es verdad y lo observamos aún en los animales de una misma especie, que se reconocen y acarician aunque sea en virtud de un instinto sensitivo que en algo conviene con el obrar del hombre. Todas estas pruebas demuestran claramente que **EL HOMBRE ES NATURAL Y ESENCIALMENTE SOCIABLE.**

La sociedad considerada de una manera general y abstracta es consecuencia necesaria de la unión natural entre los hombres, luego es **UN HECHO ENTERAMENTE NATURAL**, y como tal, tiene su fundamento original y último en Dios, Autor de la naturaleza; considerada así busca un fin universal, y único, o al menos un fin común.

Considerada de una manera concreta tiene su origen inmediato en el conjunto social, y lo que antes era principio próximo, aquí lo es remoto y en este caso si es condición necesaria **UN PACTO O CONVENCION** para que haya **SOCIEDAD**. Para mejor determinar su origen clasifiquemos la sociedad: llámase *universal* si se atiende al vínculo moral que existe entre los hombres todos como que convienen en origen, especie, fin y medios generalmente comunes de vivir; en este sentido no es estrictamente jurídica por no haber una autoridad universal y humana que rija a los hombres como súbditos comunes; llámase *natural* la que naturalmente forman los hombres, como la doméstica y civil; llámase *arbitraria* la que nace del libre querer humano; en los dos primeros casos es de origen divino y su fundamento próximo es Dios y en el tercer caso es de origen humano y con fundamento próximo en el conjunto social que la compone y remoto en Dios; llámase *perfecta* la que independientemente de otra tiene medios de subsistencia y para conseguir su fin como la Iglesia y el Estado que a su vez son *necesarias* y como tales *completas* intrínseca y extrínsecamente, lo primero porque por naturaleza tienden al bien común con medios para ello, y lo segundo porque lo hacen independiente; también puede ser una sociedad *temporal* y *compuesta* u *orgánica privada* y *pública*.

Aplicando estas propiedades al Estado, que es lo que más directamente nos importa aquí, veremos que él es **UNA SOCIEDAD, NATURAL, NECESARIA, GENERAL, PERFECTA, PÚBLICA, COMPLETA, EXTRÍNSECA E INTRÍNSECAMENTE, TEMPORAL Y ORGÁNICA**; y que una sociedad comercial puede ser *privada, imperfecta, completa intrínsecamente, particular, accidental, temporal y orgánica*, lo que debe tenerse

presente para no confundir la naturaleza de una con la de otra. En cuanto a la formación de la sociedad que aquí llamamos arbitraria, no se presenta dificultad ninguna, pues se efectúa en virtud de utilidad y conveniencia y a veces por una necesidad transitoria y no absoluta, como afirman Spencer fundado en su poderoso transformismo que pronto veremos.

En cuanto a la formación de la sociedad civil, se efectúa de una manera natural, empezando por la familia que también es una pequeña sociedad, según León XIII, institución sagrada que todos respetan y veneran y que fundamenta históricamente la *universal y civil* y que como ellas, es de origen divino y fundamento natural; de suerte que Adán y Eva fueron la primera grada de toda sociedad y a medida que sus descendientes se fueron multiplicando y formando núcleos o familias, como distintos órganos constituyeron la *sociedad civil*, concretada en un pueblo que ya necesitó ejercer una autoridad o gobierno común con normas también comunes para todos; después por ciertos caracteres muy especiales y divisiones territoriales en las diversas tribus, fueron apareciendo distintos pueblos que como el primero y por la misma razón eran una completa sociedad civil; luégo, por causas diversas y razones comunes que no tengo tiempo de exponer aquí, estos pueblos formaron la entidad que por concepto muy abstracto se llamó *Estado* creación nueva pues sólo en nuestros últimos tiempos se ha precisado y regulado como sociedad completa, independiente, natural y necesaria que es y no como una creación voluntaria o impuesta por la fuerza bruta; parece que la diversidad de razas, caracteres, idiomas y otras circunstancias muy considerables como la de administración y emulación en el progreso dieron origen a las distintas sociedades civiles que existen hoy con el nombre genérico de naciones.

La *sociabilidad del hombre* que dejámos comprobada y estas pruebas que acabamos de exponer fundadas en un raciocinio muy natural y confirmado por la historia, nos hacen ver la *Sociedad como un un hecho natural* que eso queríamos demostrar.

Pero no será superfluo reforzar nuestra tesis observando que los mismos transformistas absolutistas y moderados admiten la Sociedad como un hecho puramente natural y necesario.

Tenemos a Haeckel que aparte de la mónada primitiva o materia prima la hace pasar por veintidós transformaciones, que determina la necesidad, aunque no específicas, hasta verlo en su actual estado social de una manera espontánea e inevitable; cosa igual aunque de manera moderada hace Darwin al vulgarizar los sistemas que iniciaran Tales, Anaximandro, Heráclito y otros filósofos de Grecia.

Spencer fervoroso devoto del progreso indefino de la especie, le da virtud de abarcar en su seno todo ser y todo conocimiento: los seres orgánicos e inorgánicos, el individuo y la especie, las ciencias, las artes, sociedad, el gobierno y la moral, dando así por resueltos los difíciles problemas biológicos, naturales psicológicos hasta pretender explicar los grandes y difíciles fenómenos sociales.

Según esto, en el hecho conviene en varios puntos con el

sistema católico, aunque casualmente, porque difieren esencialmente al considerar la causa de ese hecho NATURAL, ya que el determinismo lo hace nacer de una absoluta determinación, de una necesidad imprescindible que se hace extensiva aun a lo que nosotros llamamos *sociedad arbitraria*, que también él concibe como absolutamente necesaria de acuerdo con su lógica, lo que es grave error; a este respecto téngase presente que si el hombre por naturaleza está determinado a formar las sociedades naturales, como puede objetar el adversario, ésto es en cumplimiento de una ley eterna que se cumple no fatalmente sino por medio de una providencia que todo lo armoniza convenientemente. Este es precisamente el punto en que discienden los dos sistemas y además el transformismo niega la libertad del hombre al considerarlo como parte de la materia universal corpórea, sujeto a sus mismas leyes, que sólo así se justificaría el SER LA MORAL UN CAPITULO DE LA MECANICA, como dice Spencer, en sentir del cual la sociedad no debe favorecer sino al que le aporte beneficios, por lo que debe destruir inmisericordemente a los enfermos indigentes, como parásitos gravosos y zánganos misérrimos que son larvas destructoras del organismo social.

Para evitar difusiones estériles y porque EL QUE MUCHO PRUEBA NADA PRUEBA, terminaremos aquí los dos primeros puntos que quisimos demostrar; pero haremos algunos comentarios acerca de los sistemas de Hobbes y Rousseau porque al defender una tesis no basta exponer la teoría propia y sus razones, sino que es necesario combatir y demostrar el error de las teorías adversarias.

J. M. ARIAS.

Las masas y la teoría positiva penal

*Al Dr. Rafael H. Duque,
con todo acatamiento.*

Las doctrinas igualitarias, predicadas por las diversas formas de socialismo, van siendo cada día la obsesión, brutal y dolorosa, predominante en las masas, pése a sus concepciones, reñidas con el más elemental sentido común. He aquí el hecho desnudo, ante el cual los sociólogos se detienen entre confusos y abismados, quizá porque no meditan antes en que tales doctrinas, halagando las incontenidas ansias de riqueza, tienen necesariamente qué arrastrar en su ola irisada de colores ilusorios, las imaginaciones encendidas de los que, plenos de una envidia que les muerde el alma, miran a los de arriba con odio de cachorros humillados que esperan saltar las barreras para aprisionar entre sus garras, «nostálgicas de víctimas», a quienes así los aprisionan...